

Escribía en la tierra con el dedo

Por ALBERTO GARCÍA FUMERO

Le han traído una adúltera. La infeliz tiembla como una hoja: sabe lo que le espera. El adulterio se castigaba con la muerte (Lev 20,10). Ni siquiera muerte de espada, que pudiera ser rápida y limpia; sino apedreada la culpable, como sabandija.

El evangelista no cuenta qué fue de su compañero de delito. Tampoco cuenta de atenuantes para ella.

Se la traen al Maestro. Dícnle: “Maestro, esta mujer ha sido tomada en el mismo hecho, adulterando; y en la ley Moisés nos mandó apedrear á las tales: tú pues, ¿qué dices?” (Jn, 8,4).

El Maestro no parece estar prestando atención a lo que le dicen. Ha visto la trampa, la intención de desacreditarlo. Quien se atreve a llamarse Hijo de Dios y Mesías (Jn 4,26), ¿perdonará eso a contrapelo de la Ley? Ese galileo, que se trata con samaritanos y otras gentes poco recomendables, que no ayuna (Lc 5,33), que come y bebe con publicanos y pecadores (Lc 5,30), que no respeta el sábadó (Lc 6,1-3), que dice tener potestad para perdonar pecados (Lc 5, 23), con una autoridad que no se sabe quién se la ha dado (Mt 21,23-27), ¿se atreverá a perdonar a esta desvergonzada? ¿Acaso ha olvidado el proverbio: “Mas el que comete adulterio con la mujer, es falto de entendimiento: corrompe su alma el que tal hace” (Prov 6,32)?

Y sin embargo, ¿no había éste condenado el adulterio de forma tan tajante (Mt 5,28) que hasta los pensamientos mandaba enfrenar? Y si la condena, ¿cómo es que se reúne con esa gente?

Escribe en el polvo con el dedo. No responde. Sólo escribe.

Juan continúa: “Y como perseverasen preguntándole, enderezóse, y díjoles: El que de vosotros esté sin pecado, arroje contra ella la piedra el primero.

Y volviéndose á inclinar hacia abajo, escribía en tierra”.

Loa acusadores, uno por uno, se esfuman. La mujer se ha quedado sola frente a él. Jesús la despide con estas palabras: “Ni yo te condeno: vete, y no peques más”. Todo ha sido cuestión de minutos.

¿Cómo es esto? ¿Hace la vista gorda, acaso? De ningún modo.

Sabe del barro frágil de que está hecho el ser humano, de cuántas veces da en tierra y falla, y seguirá fallando esa criatura a la cual a pesar de todo Él ha hecho poco menos que los ángeles (Salmo 8,5). Porque de ella espera mucho, porque aún en su fragilidad ha recibido un alma para aspirar a la perfección, aunque jamás la alcance.

Ha visto el arrepentimiento, que del pecado puede salir cosa buena si da lugar a un arrepentimiento sincero; que una virtud tibia, sin el reconocimiento de la hondura de nuestra fragilidad, es como atender al vaso y no al perfume que lo contiene. Podemos seguir meditando acerca de este suceso un poco más. Aún después de más de 2 mil años, no hemos aprendido la enseñanza del sermón: aún tenemos la viga en el ojo (Mt 7, 1-5). La vieja frase “Conócete a ti mismo” pareciera no aplicarse a nosotros. Bien claro fue dicho: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos: mas el que hiciera la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mt 7,21). ¿Cuántas veces, entrando a la Iglesia, nos dejamos a Dios fuera? Recordemos a san Pablo: “La caridad no hace mal al prójimo: así que, el cumplimiento de la ley es la caridad (Rm 13,10)” y también: “Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo caridad, vengo á ser como metal que resuena, ó címbalo que retiñe”(Cor 13,1).

Proseguimos. Algo fundamental, que quizás muchos pasarían por alto en una lectura apresurada: nadie se acerca a ver qué escribe. El Señor escribe, ¡y el viento se lleva lo escrito! ¿Acaso dando a entender que todo cuanto se diga a esas cabezas duras, será tan fútil como escribir en el polvo? ¡Tanto da que hubiera escrito sobre el agua! ¿Acaso como sucedió con las tablas de la Ley, que en trayéndolas Moisés, se dio cuenta de que a nadie interesaban? (Exod 32,19)

Juan, tan amante de los detalles cuando quiere, no da información ninguna sobre si los discípulos acompañaban a Jesús en ese momento; es posible que no hayan estado presentes. No era raro que tuviesen que preguntarle una y otra vez qué había querido decir en algún momento, en alguna parábola o comentario que no les hubiera entrado a la primera en la cabeza (Mateo 13,36). Lo más normal es que se lo hubieran preguntado luego, y él lo hubiera aclarado. Sin embargo, no se ha conservado. Se desconoce, como desconocemos el nombre del muchacho de la sábana (Mc 14,51-52) que siguió a Jesús cuando los discípulos huyeron, la noche que el Pastor fue herido, y escaparon las ovejas. Quizás ninguno de ellos se atrevió a preguntarle qué escribía.

Quizás, si algún día lo averiguamos, cambie nuestra vida.

Espacio Laical 4/2007

ESPACIO LAICAL

